

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Exhortacion popular.

¿Me salvaré? ¿Me conviene la solucion de este problema. Porque ignorando todos los problemas científicos y sus verdaderas soluciones, podria ser muy sábio y eternamente con solo saber el problema de un destino y su verdadera solucion; pero si no sé salvarme, si no me aplico á este negocio supremo, si no doy con la solucion de este pavoroso enigma, seré el mas nécio de los hombres.

¿Me salvaré? Creo firmemente con el profeta que la tierra está desolada porque no pensamos en esto ni lo meditamos de corazon. ¿Qué me aprovecharian todas las ciencias sin esta ciencia divina? ¿Qué adelantaria con poseer muchas riquezas y ganar toda la gloria del mundo, y agotar la dora-

da copa de todos los placeres si pierdo mi alma?

¿Me salvaré? Lo veo claro; está escrito: si me salvo, habré sido un sábio entre los sábios; si me condeno, habré sido el mas nécio de los hombres. *Stuttissimus sum virorum*. Si me salvo, seré el más rico de los hombres, porque todo lo habré ganado: si me condeno, seré el mas desgraciado de los mortales, porque todo lo habré perdido.

¿Me salvaré? Digámoslo con dolor: muchos son los que ni una sola vez se ponen á pensar en este formidable problema; y muchos tambien los que piensan en él, pero son pocos los que estudian la solucion.

¿Os salvareis, amados míos? Escuchadme con dócil y piadosa atencion, y yo expondré la doctrina católica sobre este punto

capital para que veais con claridad la única y verdadera solución.

Trátase de resolver prácticamente el problema de nuestro destino final. ¿Querés saber cuál será vuestra suerte eterna? Escuchadme con atención y recogimiento, y yo os prometo luz, mucha luz sobre un negocio que entraña vuestra felicidad eterna, ó vuestra eterna desventura.

Nadie puede saber con certidumbre de fé, excepto el caso de especial revelación, si se halla en estado de gracia, y por consiguiente en camino de salvación. Es doctrina cierta, no solo enseñada por unánime consentimiento de los teólogos, sino declarada y afirmada por el Concilio Tridentino, sesión XVI, capítulo IX en los siguientes términos: *Así como ningún hombre piadoso debe dudar de la misericordia de Dios, del mérito infinito de Jesucristo, de la virtud y eficacia de los Sacramentos, así cada uno, si se considera á sí mismo, su propia flaqueza, é indignidad, puede temer y desconfiar de su justificación, porque nadie puede saber con certidumbre de fé si se encuentra en estado de gracia.*

En las sagradas Letras se encuentra esta misma doctrina que los teólogos, y Concilios han ex-

plicado y defendido, y los Santos han practicado con tanto fruto para sus ascensiones sublimes hácia la cumbre de la santa montaña cuyas grandezas arrebatában el corazón de David.

Hay justos y sábios en la tierra, dice Salomon, y sus obras en la mano de Dios; mas no sabe el hombre si es digno de amor ó de ódio, sino que todas estas cosas se guardan ocultas para lo porvenir (1); Quién puede decir: limpio está mi corazón, libre soy de pecado (2)? El Apóstol que tantos motivos tenía para confiar en sus propios méritos, habla de sí mismo, diciendo: De nada me arguye la conciencia, pero no me creo justificado; Dios es el que me ha de juzgar (3).

No pudiendo saber, con certidumbre de fé, si estamos en gracia; si somos justos; si perseveramos en la justicia; si moriremos en la amistad de Dios, ¿quién puede saber con infalible certidumbre si se salvará ó condenará? Nadie puede saberlo, si Dios no se lo revela, como se dignó revelarlo á muchos santos.

Pero si no podemos saberlo con certidumbre infalible, fuera de

1 Eccle. IX, 1.

2 Prov. XX, 9.

3 1^a, Cor. IV, 4.

una especial revelación de Dios, podemos saberlo con certidumbre moral, ó conjetural. Examinad vuestras obras, y ellas os dirán si sois justos ó pecadores, si andáis por el camino del cielo, ó del infierno. Escuchad la voz severa, imparcial, y amiga de vuestra conciencia, y ella os revelará el estado de vuestro espíritu. Su testimonio es para el justo motivo y origen de esa paz inefable y de esa dulcísima satisfacción que disfruta, así como para el pecador es un fiscal implacable que no cesa de darle en rostro con sus desórdenes, y de poner ante sus ojos el insondable abismo de miserias y desventuras en que caerá indefectiblemente sino cambia de vida, y endereza sus caminos.

Con temor y temblor debemos obrar nuestra salud, porque somos flacos y miserables; pero también debemos confiar en la misericordia de Dios que es infinita y en la gracia de Jesucristo que sana nuestras enfermedades, fortifica nuestra débil naturaleza, y avalora nuestras obras. Carecemos de una revelación infalible acerca de nuestro destino final para que no confiemos demasiado, y evitemos los escollos de la presunción; pero tenemos promesas infalibles que nos garantizan

nuestra eterna salvación, si somos fieles á nuestra vocación cristiana sabemos con certidumbre moral que nos salvaremos si obramos el bien y aborrecemos el mal.

Un joven acaudalado se presentó á Jesucristo, y le dijo: Señor, ¿qué haré para salvarme? El Maestro le respondió: si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos. Sabemos con infalible certeza cuál es el camino del cielo. Somos viajeros; queremos saber á dónde vamos, y cuál será el término de nuestra jornada, si el cielo, ó el infierno; y el Hijo de Dios, maestro divino que no puede engañarse ni engañarnos, nos dice: hé aquí el camino del cielo; es la observancia de mis mandamientos; su violación os conducirá al infierno: dos caminos teneis á la vista, sois libres para elegir; si elegis el camino de la virtud, y perseverais en él hasta el fin, sereis salvos; si elegis el camino del pecado, y en él permanecéis hasta el fin, sois perdidos, porque el término de vuestro viaje no es ni puede ser otro que el infierno.

El Apóstol decía en presencia de la muerte, cuando se acercaba al término de su carrera: buenas batallas he peleado, he guardado la fé, he consumado mi carrera.

Solo me resta ceñir la corona que me está reservada y que pondrá en mi cabeza victoriosa el justo Juez cuyas órdenes he cumplido en la lucha y por cuya gloria he combatido. El Apóstol sabia que el Juez de vivos y muertos reservaba para él una corona en el cielo, y su conciencia le decia que sus combates eran dignos de recompensa. Por eso confiaba en su salvacion, y esta confianza le impulsaba á emprender las obras mas heróicas, á arrostrar los mas duros trabajos, á reputar todas las cosas como estiércol, fuera del amor de Jesucristo, y á dar su vida en doloroso y cruel martirio por la corona de la gloria que le estaba reservada en la pátria de los vencedores.

Esta, pues, en nuestra mano la solucion de ese formidable problema que entaña nuestro eterno porvenir. ¿Me salvaré, ó me condenaré? ¿Me salvaré infaliblemente si guardo los mandamientos! me condenaré ciertamente si los quebrantó, ó menosprecio. Para quebrantarlos, para ser malo, para condenarme, yo me basto. Para guardarlos, para ser justo, para obrar el bien, y vencer los atractivos del mal, necesito la gracia de Dios, los méritos de Jesucristo, la virtud de sus sacramentos. Estos auxilios están

á mi disposicion, luego puedo salvarme. Si quiero, puedo; luego la salvacion eterna depende de mi voluntad. Querer, pues, quedredlo de verás. Si estais predeterminados, asegurad vuestra eleccion con buenas obras; si no lo estais, obrad de manera que merezcáis figurar en el libro de los predeterminados á la vida eterna, Amen.

Z. M.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

MUERTE DE UN NIÑO educado en las escuelas láicas-ateas.

En una habitacion ricamente adornada y sobre una pequeña cama yace un niño de doce años, pálido y que respira con dificultad. Su padre se vanagloria de no creer nada, y aun hace alarde de haber dado buenos golpes á la Iglesia. Su madre, arrastrada por las vanidades y respetos humanos, no cree mucho, á pesar de la buena educacion que se le habia dado. El pobre niño no ha oido hablar de Dios y ha asistido al teatro en ciertas representaciones que hacen subir los colores á la cara del mas endurecido presidiario. Mas ahora está enfermo y el médico ha dicho ya que morirá pronto. El padre y la madre lloran amargamente y ella, recordando la antigua fé, dice á su marido con débil voz: «¿Si llamásemos á un sacerdote?» Mas el marido, encogiéndose de hombros, le vuelve las espaldas. La madre ve entonces toda la

enormidad del delito cometido en dar una instrucción laica á su hijo, y tomando por el brazo á su marido le dice: «Condénate tú si quieres, mas yo quiero salvar á mi hijo: no quiero que muera sin un sacerdote.» El padre reflexionaba en su interior la fuerza de estas palabras y le responde sencillamente: «Piensa en nuestros amigos! vamos á hacernos ridículos».... Esta razon reanima todo el espíritu de nuestros dias.

La madre sale de casa en busca de un sacerdote, y el padre, al verse solo, se acerca al lecho de su hijo y despues de muchas vacilaciones, movido por un secreto remordimiento, le dice: «¿No tienes miedo, hijo mio?... quizás hay algo despues de esta vida... ¿Si te encomendases á Dios?» El niño quédase un rato silencioso y luego con una calma espantosa le responde: «¿Qué quiere decir encomendarse á Dios? Usted me ha dicho siempre que no hiciera ridiculeces en la iglesia. ¿Por qué las he de hacer ahora?» Y se puso á escarneer un acto de devoción. El padre ya deseaba en su interior que llegase el sacerdote, proponiéndose excusarse con sus amigos, dando la culpa á su esposa.

Entra por fin el sacerdote con la madre que le dice: ¡Pronto! ¡pronto! Se acerca aquel y apenas lo ve el niño, dando un grito de espanto, exclama: ¡Hé aquí el cuervo que viene á comerme! Y escondiendo su rostro dentro las sábanas espira ahogado por un vómito de sangre.

Esta narracion es auténtica y la *Semaine religieuse de Grenoble*, dice que podría citar el nombre del padre, alto funcionario del gobierno.

El Mendigo y las Hermanas de la Caridad.

Hace algunos años vivía en París, en un cuarto miserable del barrio latino, un pobre anciano, cuyo cuerpo era una sola llaga.

De jóven habia sido victima de un accidente, que le obligó á buscar toda su vida en la mendicidad, los recursos indispensables para subsistir. Despues de haber llevado, durante cuarenta años, por esta causa una existencia nómada, crueles enfermedades vinieron á postrarle para siempre en su lecho. Sus hijos, pobres y honrados traperos, le asistían cuanto les era posible; pero todos saben que la cesta y el gancho no han enriquecido jamás á nadie.

Las religiosas del barrio tuvieron noticia de su estado, y como necesitaba cuidados asiduos y penosos, se presentaron espontáneamente á ofrecerle sus servicios. No creemos preciso decir que estos fueron aceptados, por quellas pobres gentes, con la emoción que produce el agradecimiento.

Todos los dias, pues, las buenas religiosas, curaban las úlceras del pobre impedido, le llevaban las medicinas necesarias y lo fortalecían con sus palabras de aliento y resignación, que, muchas veces, mitigan los dolores del cuerpo mejor que todos los remedios.

Estas palabras no caían, en verdad, sobre un suelo ingrato. Jamás los lábios descoloridos del anciano dejaron escapar un grito, ni una queja, ni un gemido: una calma serena iluminaba siempre su semblante.

A pesar de las úlceras horribles que roían todo su cuerpo, á pesar de la fiebre que hacía circular como una lava la sangre en sus venas y abrasaba su pecho, el anciano permanecía impassible. Su cara desfigurada por sufrimientos inauditos parecia rodeada de una aureola, y sus ojos cercados de manchas lívidas, se iluminaban á veces con los resplandores de la alegría.

Un detalle sin embargo habia llamado la atención de las religiosas.

Aquel pobre enfermo era, á no dudar, el mas cristiano y el mas resignado de todos sus protegidos. Naça, pues, tiene de extraño que sus palabras, sus gestos y sus miradas, les interesaran mas que los actos de muchos otros. Pero habian notado que cuando entraban en el miserable albergue del anciano, éste, tan agradecido, tan respetuoso, respondia siempre sencillamente á sus saludos, sin hacer siquiera ademán de levantar un poco el gorro que cubria su cabeza.

¿Qué podia impedirlo?... Sus manos estaban enteramente libres.....

Alguna vez una de las religiosas, estuvo á punto de hacerle una pregunta, para poner en claro el misterio; mas nunca tuvo resolucion bastante para ello. La santa resignacion de aquel mendigo venerable, su tranquila serenidad, la desarmaban.

En fin, el anciano murió: su cuerpo extenuado, desgarrado por atroces dolencias no pudo resistir mas tiempo. Y murió como mueren los santos, con un himno de adoracion y amor en los labios. La alegría de los predestinados iluminaba en el momento de morir sus ojos, y

daba á su fisonomía dolorida cierto resplandor celestial. En ses labios se dibujaba una sonrisa que iba sin duda á terminar en el cielo.

La muerte de un justo es, en verdad, un hermoso espectáculo, y cuantas veces he tenido la suerte de presenciaria, me he preguntado por qué alejar de él á los adolescentes y á los corazones débiles, á quienes podria enseñar el valor en la lucha y la felicidad en la victoria.

Las religiosas que habian asistido al anciano quisieron disponer por sí mismas lo necesario para su enterramiento. Les repugnaba entregar á manos mercenarias el cuerpo de un cristiano tan edificante.

Cuando procedian á los arreglos indispensables para aquel acto, se acordaron del detalle de que hemos hablado mas arriba. ¿Por qué el anciano no descubrió jamás su cabeza?

Maquinalmente, una de ellas va á quitarle el gorro desteñido que llevaba siempre puesto; experimenta cierta resistencia; hace un ligero esfuerzo, y descubre:

¡Una corona de espinas!

A todos sus dolores, aquel pobre, aquel mendigo, habia querido añadir esto para parecerse mas á su Divino Maestro, y habia muerto sin que nadie sospechara jamás su generoso y constante martirio!

(De *Le Clocher*).

Nuevo asilo.

El asilo que por legado de seis millones hecho por doña Juana Benitez ha de construirse en Valencia se llamará de Santa Susana. Están ya terminados los planos, y muy en breve comenzará la

construcción del edificio sobre los terrenos adquiridos en las inmediaciones de las Ventas del Espíritu Santo.

A 60.000 asciende el número de pies destinados al edificio principal, acceso-rios y jardín, cerca de la plaza de España, detrás del hotel que ocupa el Turia. En esta compra han invertido 25.000 duros.

El Nuncio de Su Santidad en estos reinos ha dirigido una atenta y expresiva carta al señor obispo de Madrid-Alcalá, participándole que la Sagrada Congrega-cion de Obispos y Regulares ha tenido á bien prorrogar por otro *trienio*, empezado en 18 de Setiembre último, las facultades extraordinarias concedidas en la circular *Peculiaribus inspectis* de 10 de Diciembre de 1858 á los Prelados de España, sobre los religiosos exclaustros de sus con-ventos y los monasterios de religiosos.

Habiendo implorado el señor Obispo de Cuenca á Su Santidad la facultad de bendecir, aplicar santas indulgencias y exponer al culto en las iglesias de sus diócesis, imágenes de carton-piedra, la Sagrada Congregacion de Ritos ha resuelto que se concedan al Prelado las facultades indicadas, excepto la de aplicar á dichas imágenes de carton-piedra santas indulgencias.

Ha muerto, á la edad de 77 años, en Nueva-Orleans, el misionero jesuita español P. Serra, uno de los evangeliza-dores mas insignes de aquel país. Tam-bien ha fallecido en Vals otro religioso

jesuita, el P. Lyonard, de mérito no-table.

El presente que la Junta Diocesana de Tortosa ofrece á Su Santidad, con mo-tivo de la celebracion de *Las Bodas de Oro*, es un cáliz de carácter románico-bizantino. La copa será de oro puro, así como los esmaltes que adornan el resto del cáliz. Los adornos de la copa serán esculpidos y cincelados, enlazados con raci-mos, emblema de la Sagrada Eucaristia, terminando con 18 rubies, simbolo del amor. El nudo ó nuez, todo cincelado, va rodeado de doce escudos esmaltados, representando los Arciprestazgos de la Diócesis. En el pié irán, en su frente y reverso, dos escudos de S. S. Leon XIII con las estrellas de diamantes, y entre ellos los escudos del Obispado y de la ciudad de Tortosa; en los espacios que dejan estos cuatro escudos, figurarán cuatro ángeles en bajo relieve sostenien-do unas cintas con los lemas de cuatro principales Encíclicas promulgadas du-rante el pontificado de Su Santidad, ter-minando con una faja con la dedicatoria esmaltada de carácter monacal. El caño que une la copa con el nudo y éste con el pié lleva dibujos de esmaltes de diferen-tes colores simbólicos de la verdad, amor, y vida. La patena en su reverso tendrá un medallon con esmaltes alegóricos á la Sagrada Eucaristia.

El futuro cardenal Mons. Vanntull reemplazará al secretario de Estado mon-señor Jacobini.

El nuncio en Constantinopla, monse-

ñor Roselli, pasará á Viena; el de Munich. Mons. de Pietro, á Madrid; el de Bruselas, Mons. Tarrata, á París; y monseñor Galimberti será nombrado para Bruselas.

Los jesuitas expulsados de Francia han sido acogidos honrosamente en Holanda, y el burgomaestre de Amsterdam, aunque protestante, no ha tenido inconveniente en felicitarles por los principios de moral que inculcan en sus discípulos.

El Sr. Obispo de Madrid ha mandado hacer 14 cruces grandes de madera, con el fin de colocarlas en la explanada que hay junto al templo parroquial de San Jerónimo de la corte, y hacer ante ellas públicamente el santo ejercicio del *Via Crucis*, todos los viernes de Cuaresma por la tarde; ha dispuesto también que al regresar la procesion á la iglesia se predique en ésta un sermón propio del tiempo de Cuaresma.

En Málaga, Antequera y Ronda existe desde hace tiempo la costumbre de coser ser dos ó tres horas cada día para los pobres las señoras y señoritas de mejor posición de aquellas poblaciones.

De llevarles costura cuidan las sociedades benéficas. Sin embargo, en muchas ocasiones corren á cargo de estas piadosas señoras los utensilios necesarios para dar vestido á los pobres.

Excelente costumbre, que podría imitarse por las señoras de nuestra aristocracia.

La Junta general directiva de la Sociedad de San Vicente de Paul, ha publicado la distribución de socorros correspondiente al año próximo pasado y cuya suma asciende á 36 millones.

¡TREINTA y SEIS MILLONES repartidos entre los domicilios de infelices verdaderamente necesitados!

¡Cuántas lágrimas enjugadas!

Si los enemigos de la Iglesia obrasen de buena fé reconocerían el inmenso bien que esta cariñosa madre hace á sus hijos queridos y lejos de perseguirla, seguirían el sendero que les traza y muchos infelices que gimen en la desgracia, hallarían consuelo á sus aflicciones y un pedazo de pan que llevarse á la boca.

Colección

DE

Sermones, homilias y panegíricos,

obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

También se remiten por 14 misas. Los pedidos al autor.

BURGOS: Imp. Católica, Huerto del Rey 13.